

*Revista Electrónica de Investigación en Filosofía y Antropología*

NUMERO 1 (Junio 2013)

Editor: Decanato de Filosofía. UNED

ISSN: 2340-4442

## **Metáfora, Contextualismo y Habilidades Algorítmicas**

Javier González de Prado Salas

Departamento de Lógica, Historia y Filosofía de la Ciencia, UNED

### **Resumen**

En este artículo defiendo la posibilidad de la existencia de pensamientos intrínsecamente metafóricos – esto es, pensamientos que solo pueden ser poseídos y expresados mediante mecanismos metafóricos. En particular, examinaré la objeción de que, en el caso de que una metáfora expresara cierto pensamiento, el contenido de dicho pensamiento debería poder ser especificado por medios no metafóricos. Mi propuesta es que esta objeción no es efectiva si se adopta una perspectiva particularista acerca del lenguaje y el pensamiento humanos. De acuerdo con este tipo de perspectivas, entender una oración o captar cierto pensamiento consiste en dominar ciertas habilidades – que no siempre serán caracterizables en términos de reglas. En el discurso metafórico, estas habilidades involucrarían la capacidad de realizar proyecciones metafóricas adecuadas entre distintos ámbitos conceptuales. Esta capacidad metafórica de apreciar proyecciones relevantes sería indispensable para poder poseer y expresar ciertos pensamientos.

### **Introducción**

Cuando se considera el discurso metafórico desde la filosofía del lenguaje, el principal tema de discusión es si las metáforas expresan algún tipo de contenido proposicional (es decir, un

pensamiento evaluable como verdadero o falso), más allá de su contenido literal – que suele ser trivialmente falso o trivialmente verdadero. Hay tres posiciones predominantes en este debate.

En primer lugar, varios autores sostienen que algunas metáforas pueden ser usadas para expresar directamente contenidos proposicionales no triviales. Esta postura es mantenida, entre otros, por autores contextualistas, que defienden que el contenido expresado al proferir una oración no queda determinado por el significado literal de dicha oración, sino que hay que acudir a factores contextuales para llevar a cabo una interpretación adecuada (Bezuidenhout, 2001, Carston, R. 2002, Wilson and Carston, 2006, 2007).

Una segunda propuesta es que las metáforas pueden ser utilizadas para expresar un contenido no trivial de manera *indirecta* – si bien el único contenido expresado directamente es el literal. El hablante no querría comunicar la proposición literal (trivial) expresada por la metáfora, sino que utilizaría esta preferencia literalmente trivial para comunicar indirectamente otro contenido. Mediante procesos pragmáticos, el oyente debe interpretar cuáles son las verdaderas intenciones comunicativas del hablante. Este es el punto de vista defendido desde la pragmática clásica (Grice, Searle; también, Camp, 2006b).

Por último, una tercera opción es negar que las metáforas comuniquen contenidos específicos – más allá de su interpretación literal trivial –, ni de manera directa ni indirecta. Lo característico de las metáforas no sería el contenido que comunican, sino su uso para hacernos ver una cosa como otra. Davidson (1978) propuso originalmente este análisis, que ha sido después apoyado por otros autores (Rorty; Reimer, 2001; Lepore and Stone, 2010).

En este artículo, asumiré que las metáforas – o al menos, algunas metáforas – pueden ser usadas para comunicar contenidos proposicionales no triviales (esta suposición parece ser respaldada por el papel que las metáforas desempeñan en nuestras conversaciones cotidianas, en las que los oyentes se muestran en acuerdo o desacuerdo con lo que el hablante *dijo* al

proferir una metáfora). Si aceptamos esta suposición, surge la pregunta de si este contenido comunicado a través de metáforas puede ser expresado por medios no metafóricos.

Tradicionalmente, esta pregunta ha sido planteada como la cuestión de si las metáforas son parafraseables. Si el contenido expresado por una metáfora es especificable no metafóricamente, parece que deberíamos poder encontrar una paráfrasis literal de tal metáfora. Muchos autores opinan que el hecho de que no sea posible hallar semejantes paráfrasis indica que las metáforas no expresan ningún contenido no trivial (Davidson, 1978).

No obstante, no está claro en qué consiste una paráfrasis aceptable (Camp, 2006a; Grant, 2010) y tampoco hay un consenso acerca de si las metáforas son más difíciles de parafrasear que otras preferencias literales (Camp, 2006a; Phelan, 2010). Por estas razones, en este artículo no trataré el problema de la paráfrasis, y me centraré en la cuestión de si el contenido expresado por las metáforas puede ser especificado no metafóricamente.

La tesis cuya posibilidad quiero defender aquí ha sido llamada por Grant (2010) 'Tesis de la Indispensabilidad' de las metáforas. Según esta tesis, algunas metáforas serían indispensables para pensar, expresar, comunicar o descubrir ciertos contenidos. Grant formula así la tesis: 'we use at least some metaphors to think, to express, to communicate, or to discover what cannot be thought, expressed, communicated, or discovered without metaphor.' (Grant, 2010, p. 255)

Mi objetivo en este trabajo es defender la posibilidad de esta tesis contra una objeción planteada por varios autores (Grant, 2010; Camp, 2006a). En la próxima sección presentaré esta objeción. A continuación, trataré de revelar algunas de las presuposiciones asumidas por dicha objeción, y mostraré una visión del lenguaje que parece apoyar tales suposiciones. En la segunda parte del artículo argüiré, no obstante, que existen concepciones del lenguaje alternativas, y que las presuposiciones de la objeción aparecen mucho menos fundamentadas cuando adoptamos estos puntos de vista alternativos. Por último, mostraré cómo estas

perspectivas alternativas permiten defender de la posibilidad de la indispensabilidad de las metáforas.

### **Objeción a la Existencia de Pensamientos Intrínsecamente Metafóricos**

Si se acepta que las metáforas pueden ser usadas para expresar contenidos proposicionales, cabe preguntarse cuál es el motivo por el que los hablantes eligen, al menos en ciertas ocasiones, recurrir a medios metafóricos para expresar tales contenidos – en lugar de optar por alternativas literales. Una primera respuesta es que las metáforas son un medio más eficaz para expresar y comunicar ciertos pensamientos (por ejemplo, pudiera ser que la alternativa literal consumiera más tiempo). Otra posibilidad es que el uso de metáforas traiga consigo ciertos efectos no proposicionales que el hablante desea producir en los oyentes (por ejemplo, pueden tener efectos emocionales, o imaginativos). No obstante, la posibilidad que intentaré explorar aquí es que, para determinados contenidos proposicionales, no haya alternativas literales disponibles. Esto es, tales pensamientos solo podrían ser expresados por medio de metáforas.

Esta última posibilidad puede parecer intuitivamente poco plausible. Después de todo, si logramos comprender el contenido de una metáfora, lograremos captar el pensamiento expresado. Dado que hemos captado dicho pensamiento, parecería que podemos especificarlo utilizando lenguaje no metafórico. En particular, siempre podremos acuñar una nueva expresión que será utilizada para denotar (no metafóricamente) tal pensamiento – si es que tal expresión no existía previamente en el lenguaje –.

Este tipo de objeción está presente, de forma más o menos tácita, en muchas otras discusiones sobre la metáfora (Camp, 2006a) – y subyace en la literatura sobre paráfrasis y metáfora. En esta sección voy a discutir la versión de tal objeción planteada por Grant (2010), ya que es uno de los autores que ha expuesto dicha objeción de manera más clara y explícita.

Grant desarrolla su objeción del siguiente modo. Supongamos (como estoy haciendo) que algunas metáforas pueden ser usadas para expresar cierto contenido proposicional – cierto contenido susceptible de ser evaluado como verdadero o falso. En ese caso, podremos usar esas metáforas para describir el mundo de cierta manera: esto es, caracterizaremos algo como poseyendo cierta propiedad (por ejemplo, al proferir 'La mesa es roja' caracterizo la mesa como siendo roja). Si un oyente comprende la metáfora, sabrá cómo está caracterizando el mundo; identificará la propiedad que está siendo atribuida. De lo contrario, el oyente no estará comprendiendo el contenido expresado por la metáfora. Por otra parte, si el oyente ha identificado la propiedad atribuida, podrá introducir un nuevo término que será usado para expresar o denotar tal propiedad de manera no metafórica (en caso de que tal término no existiera previamente en el lenguaje). Una vez introducido este término, la metáfora dejará de ser necesaria para expresar el contenido en cuestión – ya que tal contenido podrá ser expresado no metafóricamente por medio del nuevo término.

De acuerdo con esta objeción, las metáforas podrían ser indispensables para identificar por primera vez cierta propiedad (aunque Grant considera que esto también es dudoso). Pero, en cualquier caso, una vez hemos realizado la identificación, siempre podemos acuñar una nueva expresión (no metafórica) para referirnos a tal propiedad. La propiedad podría ser entonces desechada sin pérdida de capacidad expresiva. Esta objeción es poderosa, ya que se aplica a cualquier tipo de propiedad que las metáforas puedan expresar: no importa que tal propiedad sea vaga, difusa, o que esté ligada a factores contextuales.

El punto central del argumento de Grant es que un oyente que comprende una metáfora es capaz de *identificar* la propiedad que esta atribuye. Identificar una propiedad consistiría en averiguar cómo estamos caracterizando algo cuando le atribuimos esa propiedad. Por ejemplo, identificar la propiedad expresada en usos del término 'rojo' implica saber que tal término se usa para describir un objeto como rojo. La objeción de Grant

presupone que una vez que hemos identificado una propiedad, podemos hablar y pensar sobre ella *sin necesidad* de volver a recurrir a los mecanismos específicos que nos permitieron hacer la identificación en primer lugar. Incluso aunque que las metáforas fuese necesarias para identificar algunas propiedades, una vez hecha la identificación, podríamos tener pensamientos sobre esas propiedades *sin tener que recurrir a metáforas*.

Esta presuposición posee un indudable atractivo, al menos a primera vista. La siguiente analogía servirá de ilustración. Imagínese que en una botella hay agua y en otra alcohol. Para averiguar cuál de las botellas contiene agua y cuál alcohol, podemos oler una muestra de su contenido. Gracias a este experimento, habremos identificado el líquido contenido por cada una de las botellas (podemos etiquetarlas adecuadamente); a partir de esta primera identificación, podremos usar tales líquidos – para beber y para desinfectar, respectivamente – sin necesidad de tener que olerlos de nuevo en cada ocasión.

¿Es plausible pensar que lo mismo sucede con la identificación de las propiedades expresadas mediante nuestro lenguaje y nuestros conceptos? Sí, al menos de acuerdo con una manera típica – y hasta cierto punto intuitiva – de entender nuestras capacidades lingüísticas y conceptuales.

Antes de exponer tal punto de vista típico, trataré de explicar con algo más de detalle en qué consiste identificar una propiedad. Podemos pensar en la identificación de una propiedad como en aprender a seguir una regla. Cuando un hablante aprende el significado de un predicado – identifica la propiedad expresada –, aprende en qué situaciones es correcto aplicar el predicado. En otras palabras, el hablante aprende a distinguir cómo tiene que ser una cosa para que cuente como poseyendo o ejemplificando la propiedad denotada por el predicado. Por ejemplo, es correcto aplicar el predicado 'rojo' a cosas rojas porque tal predicado denota la propiedad de ser rojo – ejemplificada por cosas rojas.

Según el punto de vista típico al que me acabo de referir, la mayoría de las propiedades serían identificadas mediante reglas o explicaciones. Mediante tal regla, la identificación de cierta propiedad se relacionaría con la identificación de otras propiedades (que, supuestamente, el hablante ya es capaz de identificar). Por ejemplo, podemos explicar a un aprendiz que un taburete es un asiento sin respaldo (supongamos que esta explicación identifica adecuadamente a los taburetes). Si el aprendiz sabe qué es un asiento y sabe qué es no tener respaldo (sabe identificar dichas propiedades), sabrá identificar un taburete. Del mismo modo, podemos explicar qué es un cuadrado: se trata de un polígono de cuatro lados, y cuatro ángulos, iguales. Este tipo de reglas de identificación aparecen de manera evidente en propiedades compuestas, esto es, propiedades definidas mediante combinaciones de predicados. Por ejemplo, la propiedad denotada por la expresión 'silla alta y roja' es ser una silla alta y roja. Las reglas de composición del lenguaje incorporan en este caso las reglas de identificación de la propiedad.

Un problema obvio de este tipo de reglas es que presuponen que ya sabemos identificar las propiedades a las que recurrimos para proporcionar la explicación (ser un asiento y no tener respaldo, en el caso del taburete). Podemos identificar estas propiedades mediante nuevas reglas o explicaciones, pero estas a su vez presupondrán otras propiedades. Por consiguiente, no es posible identificar toda propiedad mediante este tipo de reglas. En algún momento tiene que haber algunas propiedades cuya identificación anteceda a todas estas explicaciones (y que serán usadas como base para dichas explicaciones).

No obstante, este tipo de preocupaciones, suscitadas de forma célebre por Wittgenstein, no deben preocuparnos en exceso en el contexto de este artículo. La razón es que la cuestión que estamos investigando aquí no es si todas las propiedades sobre las que podemos pensar son identificadas mediante reglas, sino más bien si las propiedades expresadas por metáforas pueden ser siempre identificadas mediante reglas. Ha de recordarse

que lo queremos ver es si el lenguaje (o el pensamiento) no metafórico basta para expresar todos los contenidos que puedan ser expresados mediante metáforas.

Así pues, si se consigue mostrar que, partiendo de las propiedades expresables con el lenguaje no metafórico, es posible identificar toda propiedad pensable mediante explicaciones o reglas de este tipo, se habrá fundamentado la objeción planteada por Grant. Identificar una propiedad consistiría en hallar una regla adecuada. Aunque pudiésemos necesitar ciertas habilidades especiales para descubrir algunas de estas reglas (por ejemplo, podría haber reglas que solo somos capaces de captar gracias a la ayuda de metáforas), una vez hayamos averiguado cuál es la regla relevante, sabremos cómo se describe un objeto cuando le atribuimos la propiedad – sin tener que recurrir en cada ocasión a aquellas habilidades que nos permitieron descubrir inicialmente cuál era la regla relevante.

### **Una concepción Alternativa de las Capacidades Conceptuales Humanas**

Llamaré concepción 'algorítmica' de la mente o del lenguaje al punto de vista según el cual las capacidades conceptuales humanas (en particular, nuestra capacidad de identificar propiedades) consisten en gran medida en la manipulación de conceptos mediante reglas o algoritmos paso-a-paso. En cierto modo, esta concepción es plausible, e incluso parecería inevitable. Pues, ¿cómo podríamos identificar nuevas propiedades (un número ilimitado de ellas, de hecho), si no es mediante reglas que nos permitan distinguir tal propiedad en términos de propiedades ya conocidas?

Quizás este tipo de manipulaciones algorítmicas constituyan, en efecto, un aspecto fundamental de nuestras habilidades conceptuales. Sin embargo, en esta sección me propongo examinar algunas visiones alternativas acerca de las capacidades requeridas para desplegar el tipo de lenguaje y pensamiento característico de los seres humanos.

En la sección anterior se ha argumentado que no *toda* propiedad puede ser identificada mediante explicaciones ¿Cuáles son las alternativas posibles? Recuérdese que identificar una propiedad puede ser visto como aprender a seguir una regla. Una manera típica de aprender a seguir reglas es mediante ejemplos. De igual modo, podemos identificar una propiedad mediante ejemplos de objetos que ejemplifiquen dicha propiedad. Por ejemplo, un aprendiz puede llegar a identificar la propiedad de ser rojo después de que le enseñen un número suficiente de cosas rojas. Podría pensarse, por consiguiente, que una serie de ejemplos identifica una propiedad específica. Esta conclusión es demasiado apresurada, no obstante, ya que (como señaló Wittgenstein) cualquier serie de ejemplos es compatible con un número indefinido de reglas alternativas distintas. Asimismo, dado cualquier conjunto de ejemplos, puede pensarse que están siendo especificadas un número indefinido de propiedades. Por ejemplo, si a un individuo se le muestran una pelota roja, una manzana roja, un globo rojo, una cereza roja etc, tal individuo puede identificar ser rojo como la propiedad especificada; pero también podría identificar ser redondo (o ser rojo y redondo), o ser un objeto vendido en un hipermercado. Normalmente, después de un entrenamiento con un número suficiente de ejemplos relevantes, un individuo típico identificará la propiedad esperada. Pero esto únicamente sucede porque un individuo típico, después de recibir tal entrenamiento, desarrollará una sensibilidad que le permitirá ver las cosas en sintonía con cómo las ve el instructor – y demás individuos 'normales' adecuadamente adiestrados. El hecho de que, ante una serie de ejemplos, la mayor parte de las personas identifiquemos una misma propiedad cómo la más relevante de las especificadas, se debe a que compartimos una constitución biológica y a que nos hemos educado en entornos relativamente similares. Debido a esta constitución y entrenamiento comunes, desarrollamos un mismo tipo de habilidades, una forma similar de apreciar las cosas. Otro tipo de seres, educados en un ambiente distinto, podrían tender a identificar propiedades distintas *a partir del mismo conjunto de ejemplos*.

Según la visión alternativa que quiero considerar aquí, identificar cualquier propiedad – en general – consistiría en desarrollar y ejercer una habilidad apropiada, una sensibilidad que permita al individuo apreciar cómo se está caracterizando algo cuando se le atribuye dicha propiedad. Esta visión alternativa es defendida por autores dentro de lo que se suele llamar 'particularismo' o 'contextualismo radical' (Travis, 2001, 2006; McDowell, 1998). En concreto, el particularismo acerca de la comprensión lingüística (entre cuyos defensores destaca Travis), sostiene que comprender qué dice una oración – cómo describe el mundo – requiere poseer una sensibilidad adecuada y que, al menos en la mayor parte de los casos, esta sensibilidad no es caracterizable mediante reglas o algoritmos. La razón por la cual no podemos capturar en términos de reglas las habilidades poseídas por los hablantes competentes, es que la comprensión lingüística es altamente sensible a factores contextuales y a las circunstancias de uso. Un hablante competente ha de ser capaz de percibir qué aspectos del contexto son relevantes en cada ocasión. El contexto puede contribuir a la interpretación lingüística de tantas maneras que no es posible aprehender dicha contribución mediante reglas definidas (en nuevas ocasiones de uso, siempre puede aparecer un nuevo aspecto contextual relevante, que no había sido tenido en cuenta previamente).

Imaginemos que alguien dice 'Todas las tazas están rotas'. ¿A qué conjunto de tazas se refiere esa preferencia? ¿A todas las tazas del universo, o más bien a todas las tazas de la casa, de unos grandes almacenes? ¿O quizás a todas las tazas que están siendo transportadas en una camioneta? La respuesta dependerá del contexto. Un hablante competente sabrá percibir, normalmente, cuál es la interpretación apropiada.

De manera semejante, nos podemos preguntar si una casa con las paredes rojas pero el tejado verde cuenta como roja. O si un muro pintado de rojo (pero construido con material gris) cuenta como rojo. De nuevo, la respuesta dependerá de diversos factores del contexto. Dependiendo de la historia de la conversación, de los intereses y expectativas de los

hablantes, en unas ocasiones tal muro sera considerado como algo rojo, y en otras ocasiones como algo no rojo.

Esta perspectiva particularista no parece armonizar especialmente bien con la asunción que subyace a la objeción de Grant. Tal objeción suponía, recuérdese, que aunque las metáforas fuesen necesarias para identificar una propiedad, una vez tal propiedad es identificada, podemos hablar y pensar sobre ella sin volver a recurrir a las habilidades metafóricas que nos permitieron realizar la identificación original. De acuerdo a esta concepción alternativa, por el contrario, haber sido capaz de identificar cierta propiedad en el pasado no garantiza que lo sigamos consiguiendo en nuevos casos, si dejamos de poner en práctica la capacidad que nos permitió realizar esas identificaciones pasadas. Para poder pensar y hablar sobre una propiedad, hay que poseer una sensibilidad discriminatoria adecuada *en cada nueva ocasión de uso*, no sólo en una identificación inicial. La posesión de tal sensibilidad, por tanto, sería *permanentemente* indispensable para expresar tal propiedad – no únicamente necesaria en un primer momento, pero prescindible después.

En la siguiente sección sugeriré cómo esta alternativa particularista ofrece apoyo a la posibilidad de la indispensabilidad de la metáfora.

### **Una Visión Particularista de la Metáfora**

En la sección anterior he presentado una concepción particularista de la comprensión lingüística humana, según la cual comprender qué se ha dicho en una preferencia requeriría poseer una sensibilidad apropiada, gracias a la cual el oyente puede apreciar cómo el mundo es descrito por tal preferencia. Este tipo de perspectiva particularista también puede ser aplicada al análisis de la comprensión del discurso metafórico. En el caso de las metáforas, la habilidad requerida para poder comprender lo que se ha dicho en cada ocasión consistiría en *ser capaz de realizar proyecciones adecuadas entre dominios conceptuales distintos*. Por

ejemplo, en la metáfora de la vida como un viaje, estructuramos nuestra visión de la vida humana mediante una proyección de la estructura conceptual con la que organizamos nuestra comprensión de los viajes físicos. Entendemos la evolución de la vida en términos de nuestra forma de entender los viajes físicos (algo con un principio y un fin, diversas etapas y obstáculos etc). De esta manera, podemos ayudarnos de nuestra comprensión de un fenómeno físico acerca del cual tenemos una experiencia más directa – un desplazamiento físico – para estructurar nuestra comprensión de un fenómeno abstracto – la evolución de la vida de una persona, incluyendo sus facetas anímicas y espirituales. Esta forma de analizar las metáforas se deriva del trabajo pionero de Lakoff y Johnson (1980).

No obstante, no siempre es evidente cómo realizar una proyección entre dos estructuras conceptuales dadas. Hay un número indefinido de proyecciones posibles entre dos estructuras cualquiera (todo es similar y disimilar a todo en un número indefinido de aspectos distintos). Ser capaz de comprender metáforas, por tanto, exige distinguir cuáles son las *proyecciones relevantes* en cada ocasión. La capacidad de distinguir proyecciones relevantes es altamente conextual: en general, no es caracterizable por reglas algorítmicas secuenciales (en consonancia con lo que propone el particularismo). Al igual que en los casos generales de seguimiento de reglas que han sido tratados más arriba, típicamente, individuos con una constitución biológica parecida y entrenados de manera suficientemente similar, tenderán a reconocer el mismo tipo de proyecciones como relevantes en el contexto dado. Hablantes adiestrados dentro de una misma comunidad, y con sistemas cognitivos semejantes, desarrollarán unas habilidades lingüísticas concordantes – y en particular, sus capacidades de apreciación metafórica estarán coordinadas.

Mi sugerencia, en conclusión, es que es posible que, para pensar o expresar ciertos pensamientos proposicionales, sea necesario recurrir a habilidades metafóricas – es decir, sea necesario ejercer la capacidad de apreciar proyecciones conceptuales relevantes. Estas

habilidades metafóricas son extremadamente sensibles al contexto, y tendrían que ser ejercidas en cada ocasión en que pensemos o hablemos sobre dichas propiedades, no solo al realizar una identificación inicial. Al usar la metáfora en nuevas situaciones, en contextos diferentes, siempre pueden surgir interpretaciones alternativas posibles: para averiguar cuál es la interpretación apropiada, hay que ser capaz de ver cuál es la proyección metafórica relevante en esas circunstancias particulares.

Por tanto, no es necesariamente cierto que, una vez que hayamos usado una metáfora para identificar una propiedad, podamos denotar esa propiedad mediante una expresión no metafórica. Según la visión alternativa que he expuesto en este artículo, es posible que tengamos que utilizar la metáfora en toda ocasión en que pensemos o hablemos sobre esa propiedad – ya que en toda ocasión tendríamos que poner en práctica nuestra capacidad de apreciar las proyecciones metafóricas relevantes o apropiadas en ese contexto. Así pues, cabe la posibilidad de que no todos los pensamientos expresados metafóricamente puedan ser especificados por medios no metafóricos. Quizás existan pensamientos intrínsecamente metafóricos, solo accesibles y expresables para individuos que dominen ciertas habilidades metafóricas.

## **Bibliografía**

- Bezuidenhout, A. 2001: Metaphor and what is said: A defense of a direct expression view of metaphor. *Midwest Studies in Philosophy*, 25, 156-186.
- Camp, E. 2006a: Metaphor and that certain 'je ne sais quoi'. *Philosophical studies*, 129, 1-25.
- Camp, E. 2006b: Contextualism, metaphor, and what is said. *Mind & language*, 21, 280-309.
- Carston, R. 2002: *Thoughts & Utterances: The Pragmatics of Explicit Communication*. Oxford, Blackwell.
- Davidson, D. 1978: What metaphors mean. *Critical inquiry*, 31-47.

- Grant, J. 2010: The dispensability of metaphor. *British Journal of Aesthetics*, 50, pp. 255-272
- Lakoff, G. J., & Johnson, M. 1980, *Metaphors we live by.*, Chicago: University of Chicago.
- Lepore, E., & Stone, M. 2010: Against Metaphorical Meaning. *Topoi*, 29, 165-180.
- McDowell, J. H. 1998: *Mind, value, and reality*. Cambridge: Harvard University Press.
- Phelan, M. 2010: The inadequacy of paraphrase is the dogma of metaphor. *Pacific Philosophical Quarterly*, 91, 481-506.
- Reimer, M. 2001: Davidson on Metaphor. *Midwest studies in philosophy*, 25, 142-155.
- Travis, C. 2001: *Unshadowed thought: representation in thought and language*. Cambridge: Harvard University Press.
- Travis, C. 2006: *Thought's Footing: A Theme in Wittgenstein's. Philosophical Investigations*. Oxford: Clarendon Press.
- Wittgenstein, L. 1953: *Philosophical investigations*. Oxford: Wiley-Blackwell.